

deudas públicas ó privadas á los labradores y de embargar sus instrumentos ó bestias de labor, y se amenazó con pena de muerte á todos los hombres de guerra que recorrian los campos, y á todo el que usase armas sin estar empleado en el servicio del rey ó sin ser noble. Finalmente, Sully permitió en 1601 la exportacion de granos, providencia muy notable en aquel tiempo y muy acertada, que debía enriquecer al pais y no matarle de hambre, como se creia equivocadamente. Tambien favoreció á los que secaban los pantanos: toda tierra arrebatada á las aguas era tierra noble, esto es, no pagaba impuesto. De tal modo se formó todo un canton de Medoc llamado *Pequeña Flanties*, porque trabajaron muchos operarios flamencos en aquellas obras bajo la direccion de Bradley, de Brabante, el *maestro de los diques*. Un caballero protestante del Languedoc, Oliverio de Serre, mereció el sobrenombre de *padre de la agricultura*, por los preceptos que trazó en su *Teatro de la Agricultura* y otras obras, preceptos que practicaba en una especie de granja-modelo.

Sully decia como Plinio, que las faenas campestres hacen buenos soldados, *ex agricultura strenuissimi milites*, Temia que la industria *desacostumbrara* á los franceses de esa vida activa al aire libre que da fuerza y salud, y que la poblacion degenerase encerrada en las fábricas; y oponíase tambien á la importacion de cultivos y de industrias del extranjero, en razon á que Dios ha dado á cada pais abundancia y escasez de ciertas cosas, con el fin de que mediante el comercio y el tráfico de esas cosas, se mantengan las relaciones de las sociedades humanas. Enrique IV pensaba de otro modo. Uno de sus principales empeños fué el de propagar en Francia el cultivo de la morera y la cria de gusanos de seda; mandó hacer grandes plantíos en Tullerías y en las Tournelles (plaza Real), queria que hubiera un plantel en cada *eleccion* y comenzó por las *generalidades* de Paris, Orleans y Tours, donde fundaron muchos criaderos para que el pais se emancipara del tributo que hacia tanto tiempo pagaba á Italia por compras de sedas. Iguales intenciones se descubren en el establecimiento de manufacturas de

crespon fino de Bolonia, de hilillo de oro como el de Milan, artículo que entraba en Francia por un valor anual de 1,200,000 escudos; de tapicerías, cuero dorado, vidrio y cristal, espejos, telas de Holanda, etc. Mejor medio era este de guardar el oro en el reino, que el de las prohibiciones que habia elegido Sully para impedir su salida. En 1604 congregó el rey una *asamblea de comercio*, en la que propusieron entre otras cosas, una reforma general de los gremios y la fundacion de yeguacerías para evitar á la Francia la necesidad de comprar caballos de guerra en Alemania, España, Turquía é Inglaterra.

La marina militar, fomentada por Francisco I, habia caido tanto, que el cardenal Ossat escribia en 1596 lo siguiente: « Los principillos de Italia tienen todos galeras en sus arsenales, aunque la mayor parte de ellos no poseen mas de algunas pulgadas de mar, y un gran reino bañado por dos mares apenas podria defenderse contra los piratas y corsarios, cuanto mas contra los príncipes. » El mismo cardenal revelaba, al propio tiempo, la importancia del puerto de Tolon. Sully sin ser contrario á la marina, no queria colonias remotas. Las miras de Enrique IV eran mucho mas vastas que las de su ministro, y deseando proteger el comercio con la América del Norte, el cual se aumentó hasta el punto que en 1578 solo á Terranova llegaron 150 buques franceses, envió á Champlain, noble de Saintonge, á que fundara en el Canadá (1604) Puerto Real, hoy Anápolis, y despues (1608) Quebec, en el San Lorenzo. Uno de los grandes lagos del pais conserva el nombre de aquel marino; pero el pais no es ya de la Francia, aunque conserva su lengua y los *dulces recuerdos* de la madre patria. Enrique pensó tambien en crear una compañía de las Indias, capaz de rivalizar con las que se formaban en Inglaterra y en Holanda, y si no tuvo tiempo de realizar su plan, en cambio firmó con la Turquía un tratado en el que estipuló que todas las naciones cristianas podrian comerciar libremente en el Levante, bajo la bandera y proteccion de la Francia, y á las órdenes de los cónsules franceses. No se respetaba otra bandera en todas aquellas costas.

Todavía suelen descubrirse en las colinas de Francia algunos añosos olmos que los campesinos llaman *Rosnis*, y son vestigios de las carreteras que trazó Sully, quien comprendió muy bien que el país más fértil es miserable si le faltan buenas comunicaciones. También entonces se hicieron los planos de los canales que posteriormente surcaron la Francia, ejecutándose uno solo, el de Briare que arranca del Loira en Briare y llega al Sena en Moret, á 9 kilómetros de Fontainebleau. Es el modelo más antiguo de un canal con esclusas que reúne dos vertientes distintas: tiene de largo 55 kilómetros y 40 esclusas neutralizan su pendiente de 117 metros.

Con los restos de las legiones de Francisco I y de Enrique II, formaron 4 regimientos (1595) que mandaban maestros de campo; después organizaron 11, y en tiempo de Luis XIII hubo 30. Sin embargo, no se perdió por esto la costumbre de pagar tropas extranjeras. La caballería se guía teniendo una proporción exagerada, porque la nobleza no quería entrar en otro cuerpo; la casa militar del rey formaba un cuerpo distinguido, y la artillería tomó tal importancia en la época de Sully, que se contaba su gran maestre entre los grandes oficiales de la corona. En el año 1572 se prohibió á los señores que tuviesen cañones en sus castillos sin licencia del rey. Sully estableció el pago de los sueldos por mensualidades, que antes se hacía dos ó cuatro veces por año. En 1597 se fundó el cargo de superintendente de los víveres, y en 1598 el de las fortificaciones, grandes servicios ambos que no se habían regularizado hasta entonces, y de los cuales se cuidaba Sully con mucha atención, resultando de ello que se restauraron las fortalezas y se llenaron los arsenales que la guerra civil tenía vacíos. Por último, Enrique IV formó la idea, que Luis XIV realizó ostentadamente, de asegurar un refugio á los veteranos; pero no le sobrevivió su fundación del hospital de la Caridad en la calle de Lourcine.

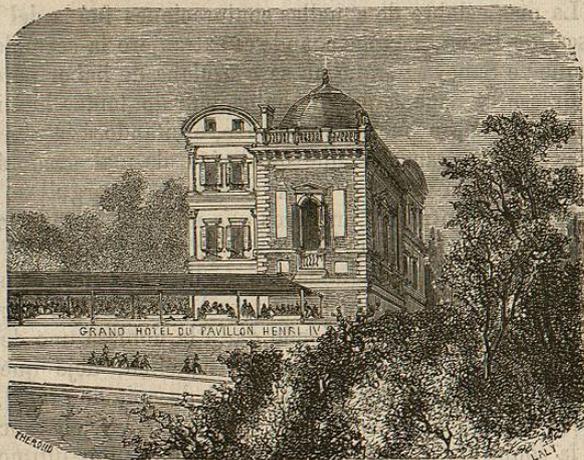
Enrique IV adquirió una popularidad muy legítima por sus desvelos en favor de la prosperidad de la Francia: el pueblo olvidaba sus flaquezas y solo veía en él al soberano

que prometía al soldado inválido un refugio, y al villano *gallina en la olla todos los domingos*. Mas si el pueblo le colmaba de bendiciones, no así ciertos partidos y ciertos hombres profundamente lastimados con su acertada política. El favor de que disfrutaron Gabriela de Estrées, á quien hizo duquesa de Beaufort, y Enriqueta de Entragues, que obtuvo el marquesado de Verneuil, algunas promesas olvidadas y los servicios prestados al rey de Navarra que el rey de Francia no podía pagar, hacían que unos murmurasen y que conspirasen otros.

La más célebre de aquellas conjuraciones fué la del mariscal de Biron, máxime cuando el extranjero la secundó, el duque de Saboya porque no se consolaba de haber perdido la Bresse, y España porque había sufrido tantas humillaciones. Trataron pues, de vengarse, excitando á la rebelión á los señores franceses que obedecían de mal grado á un rey que habían visto tan pobre caballero. El orgulloso Biron figuraba entre los primeros que no querían soportar el yugo del rey y de la ley. En 1600 Enrique perdonó, y habría perdonado por segunda vez, si Biron hubiese consentido en hacer las declaraciones que él le pedía; pero airado con su obstinación y queriendo dar á la nobleza uno de los ejemplos que después multiplicó Richelieu, dejó que se ejecutara la sentencia y Biron murió decapitado (1602). El duque de Bullon, otro antiguo amigo del rey, complicado en la conjuración, pudo escaparse á tiempo. Por último, el padre y el hermano de la marquesa de Verneuil, intriguaron también en 1604 con la España y fueron condenados á muerte; la marquesa obtuvo una conmutación de pena.

España conspiraba no pudiendo ya combatir, y á la verdad, sus temores eran fundados, pues Enrique IV meditaba sin cesar en el poderío de la casa de Austria, dueña de tantos países y con tan firmes apoyos en la Europa católica. No soñaba más que con su destrucción, sueño que se ennoblecía por sus fines, los cuales consistían en fundar en Europa un sistema político que pusiese bajo la garantía de todas las potencias la independencia de las religiones y la de las nacionalidades. Quería arrojar á la casa de Aus-

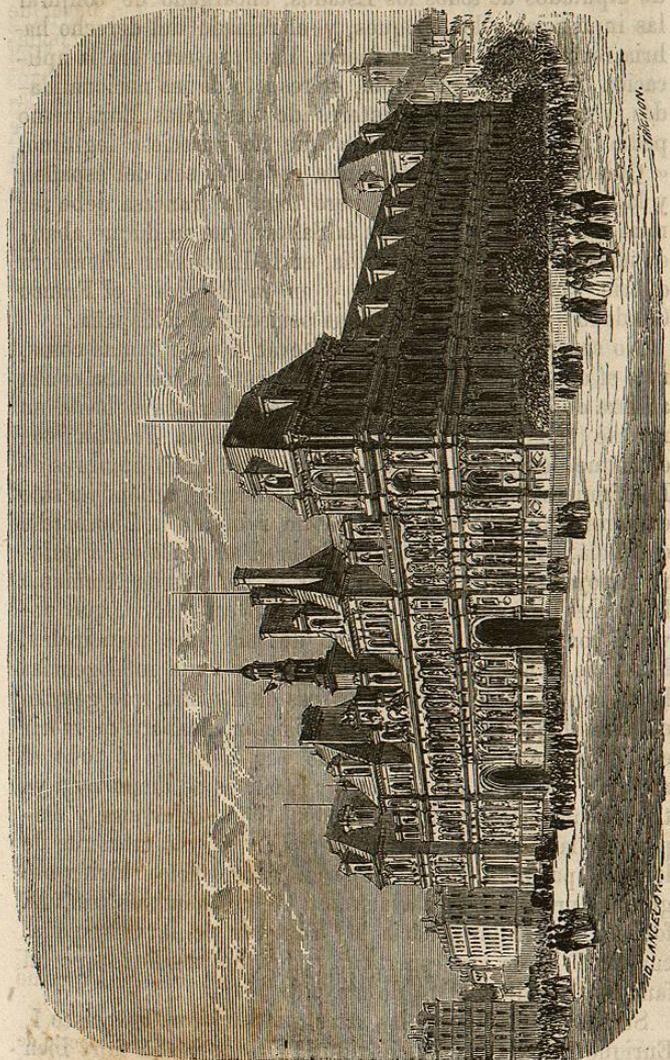
tria de los Países Bajos, de Italia y de Alemania; hacer de Hungría, aumentada con las provincias austriacas, un poderoso reino capaz de imponer respeto á los turcos si se lograba reducirlos al Asia; dar la Lombardia al duque de Saboya y la Sicilia á Venecia; constituir la parte peninsular de Italia en un solo Estado con el papa por cabeza; formar una república con Génova, Florencia y los señoríos contiguos, y otra con los Países Bajos; extender la confederacion suiza al Tirol y dejar á la Alemania en imperio electivo. De este



Pabellon de Enrique IV en San German¹.

modo, pues, la Europa con sus reinos hereditarios, Francia, España, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Lombardia; con sus cinco dominaciones electivas, Polonia, Hungría, Bohemia, Imperio y papado; con sus cuatro repúblicas, Venecia, Génova y Florencia, Suiza y Países Bajos, habria venido á ser una gran república, teniendo un consejo supremo

1. Francisco I construyó en San German un palacio con aspecto de fortaleza, y Enrique IV edificó el palacio nuevo del que solo queda el pabellon representado en este dibujo.



Casas consistoriales de Paris (Hotel de Ville).

de diputados de todos los Estados, encargado de conjurar las injusticias y los choques, y el reinado del derecho habria reemplazado al de la fuerza. Este proyecto era la aplicacion de un gran principio, el respeto de las nacionalidades, y en prueba del desinterés de sus miras Enrique no pedia para la Francia nada que no pareciese legítimo. « Quiero, decia, que la lengua española sea del español, y la alemana del alemán; pero toda la francesa debe ser mia. » Y fijaba sus miras en la Saboya que su duque abandonaria al tomar la Lombardía, en la Lorena cuya heredera queria casar con el delfin, y en la Bélgica y el Franco Condado que sin razon ninguna pertenecian á España.

No se prometia seguramente llevar á cabo tantas cosas, mas sí una parte de ellas, y para ejecutarlas contaba con la alianza de Inglaterra, cuya reina Isabel sostuvo hasta su muerte (1603) las mejores relaciones con la Francia; con el duque de Saboya á quien ofreció los 15,000 hombres de Lesdiguières, acampados ya en el Delfinado, pidiéndole solo en cambio que se constituyera un reino en la Lombardía española; con los protestantes de los Países Bajos, á quienes apoyaba contra los españoles, y con los de Alemania los cuales formaban entonces la *Union evangélica*, que envió á conferenciar con él uno de sus jefes principales, Mauricio, landgrave de Hesse. Además tenia inteligencias hasta con las poblaciones moriscas de España, que gemian entonces bajo el terror de la Inquisicion. Acababa de morir el duque de Cléveris « dejando por heredero á todo el mundo; » y como protestantes y católicos se disputasen ya tan pingüe sucesion, habia pretexto para intervenir y emprender la guerra que hacia inevitable el ódio creciente de los dos partidos en el Imperio. Con efecto, hicieron grandes preparativos y avanzaban 40,000 hombres con una formidable artillería hácia las fronteras de la Champaña, cuando el héroe que esperaban todos fué asesinado por el fanático Ravailac el 14 de mayo de 1610.

Sin tener la afición á las artes que tuvieron Francisco I, Enrique II y Carlos IX, Enrique IV comprendia muy bien cuánto ilustran un reinado. Mandó añadir dos pabellones á

las Tullerías y quiso continuar hasta el palacio la grande galería del Louvre, atravesando las murallas de la ciudad para no verse encerrado en su habitacion un dia de motin, como estuvo á punto de verse Enrique III; pero no halló tiempo para concluir tan magnífica obra. Su arquitecto Androuet Ducerceau tuvo la buena inspiracion de atenerse á los primeros planos. También terminó la fachada del Hotel de ville, principiado á construir en tiempo de Francisco I, y el puente Nuevo que se empezó en el de Enrique III. En 1604 se puso la primera piedra de la plaza Real, donde aparece la mezcla del ladrillo, la piedra y la pizarra, al antiguo estilo de la arquitectura italiana. El arco bajo y pesado reemplaza ya aquellas puertas cuadradas con los ángulos redondeados del Renacimiento, y la cruz de piedra desaparece de las ventanas que se abren vacías, frias de aspecto, con sus grandes vidrieras. El Renacimiento decae ya en las artes; pero en cambio va á comenzar una nueva era para las letras: Montaigne habia muerto tres años despues del advenimiento de Enrique IV, y Malherbe « pensionado del rey, » creaba el estilo y la lengua poética que pronto habian de servir á Corneille, Racine y Boileau.